

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 21 DE FEBRERO DE 1841.

DE LAS

Comunidades en Mallorca.

1521 - 1522.

ARTÍCULO 3º

Tots anys los fills de maras,
Desterrats de ses casas,
Ab ses lluentas espas
Ferán baralla.
Sanguinosa batalla
L' infant ferá á son pare;
Lo un á l' altre frare
Dará mort dura.

Profecía de Bernardo de Mogoda.

Tras los alborotos vino la matanza, como el festin tras el combate. Instalada ya en su altar la revolucion pedia holocaustos para la pompa de sus fiestas, y despojos de los infieles á su causa para sosten de su culto; porque aquel clamor de «mueran los caballeros» levantado el primer dia del tumulto, no habia sido una voz de efervescencia que estalla y se exhala como el humo, sino un voto encerrado en el corazon, una ley meditada del nuevo orden de cosas, un grito que proclamado por las mugeres y enseñado á los niños muestra la intensidad con que estaba escrito en los corazones mas débiles y piadosos por naturaleza, y la perpetuidad con que se querian vincular los odios haciéndolo pasar á las nuevas generaciones. En aquella persecucion mas parecida al reinado de

terror que á las matanzas de setiembre, no corrió la sangre á rios en un mismo dia, sino de tiempo en tiempo y gota á gota conforme la víctima se presentaba; no se exhaló el furor en un fuego general é instantáneo de descarga, sino á guisa de guerrilla con tiroteo mas certero y prolongado; y para ella no se necesitaron tribunales ni cadalsos, porque la pasion de cada cual hacia oficio de juez y su brazo no se desdeñaba del de verdugo. ¿Gemian sobre estas violencias los primeros gefes de la conmocion, ó los dirigian y acaudillaban? dirigian el carro todavía, ó eran ya por él arrastrados á pesar suyo? Las memorias de aquella época no nos suministran datos para decidirlo; creemos sí que era bastante profundo su encono y habilidad, esta para dorar los excesos, aquel para consentirlos y aplaudirlos. Ahogábase primero el gemido de las víctimas y el rumor de los delitos; atribuyéranse luego á la casualidad, á las imprudencias del muerto, á la justa indignacion del matador; tomárase la fuga por rebelion, el temor por crimen, las postreras convulsiones y desesperada resistencia del que caia por atrevida agresion; difundiéranse absurdas nuevas de peligros y conspiraciones no para creerlas, sino para satisfacer aquella moribunda voz de la conciencia, aquel postrer instinto de la moralidad con que el opresor reconoce que la fuerza no se basta á sí sola, y pretende cubrir la sangre que ha derramado con la sombra de la justicia.

El 29 de julio resonó súbitamente por la ciu-

dad la voz de que ondeaba bandera de guerra sobre las almenas de Bellver, y de que se habían hecho fuertes en este castillo muchedumbre de caballeros y de bandidos. Esta última clase en efecto muchas veces dependiente ó asalariada de los señores, y cuya existencia iba vinculada á la del feudalismo, como la mala y ponzoñosa yerba al antiguo y magestuoso edificio que la sostiene, mas de una vez peleó en estos tiempos contra los comuneros, mas de una vez, como sucedió con Hugo de San Juan y su familia, sacaron á los nobles de sus garras, no pudiendo vivir bajo el dominio de la plebeya gente que sabia ejercitar por sí misma el oficio, y que no necesitaba alquilar un brazo para satisfacer sus venganzas.

Contenta quizá la plebe de encontrar un muro en que ejercitar sus bélicos ímpetus y de tropezar con un obstáculo para redoblar la violencia de su curso, marchó en tropel á Bellver pidiendo al castellano Pedro Pax que les abriese las puertas, y les entregase los refugiados; pero el honrado caballero que dos meses ántes habia mandado en la ciudad y conocia de cerca sus furioses, se negó á sus intentos, y luego se llenó la colina de gente y máquinas de guerra para batir el castillo que por sus aristocráticos recuerdos y su feudal é imponente construcción, pareciera una Bastilla. Pero muchos días vomitó la muerte sobre las densas masas que lo sitiaban, mucha sangre tiñó sus muros, antes que forzados por asalto penetrasen en él los sediciosos cebando apenas su encono en los pocos autores de tan heroica defensa, y saqueándolo todo hasta los clavos de las paredes, segun la espresion de un historiador. El nombre de esos malogrados valientes queda consignado en un rimado, ó *codolada* especie de romance indígena de metro particular, contemporánea de aquella época.

Estava mort Mosson Pax
Bon capitá,
Mosson Nicolau son germá,
Y Mosson Net;
Ni per semblant nom fou retret
De tal perill
Mosson Zavila pare y fill,

Molts escuders

Y esclaus qui per llurs masters

Estavan dins (*).

El cañoneo que empezó en Bellver, y que mas tarde se oyó bajo los muros de Alcudia, fué la señal de muerte contra todos los caballeros que habian quedado pacíficos ó retirados. En aquellos dias las mas elevadas y magníficas casas cerradas y muchas veces tapiadas veian uniformados sus blasones bajo la negra cruz de proscriccion; el dolor parecia haber cambiado del domicilio, de las chozas á los palacios, y dejar oír tan solo sus lamentos bajo aquellas vastas y artesonadas estancias; y los retratos y antiguos timbres de gloria ora lloraban á su dueño empolvados y solitarios, ora se arrastraban destrozados por el lodo, ora decoraban por insultante parodia la tienda de un revoltoso plebeyo. Y mientras las macizas paredes sofocaban los gemidos de alguno que moria emparedado con el mas cruel de los suplicios, oíase al otro extremo de la calle la persecucion y la lucha de otro que hallado y reconocido espiraba bajo el número entre una confusion y algazara semejante á la de los perros al rededor de su presa. Salíase en partidas á batirlos, como á fieras salvajes, en sus predios y alquerías; muchos eran alcanzados en su fuga.... Nicolas Quint y su hijo Francisco fueron muertos en el momento de lanzarse dentro los muros salvadores de Alcudia; á Pedro Tornamira Desmás cupo la misma suerte. Ferrandell murió peleando en Felanitx: Pablo Sureda cuya cabeza estaba pregonada por mil ducados, vió morir ánte sus ojos á su hijo Juan Odon, salvando con trabajo su persona. El poeta laureado Burgues Burgués murió emparedado dentro de su casa; y despues de haberlo estado por diez meses con escaso alimento la muger, suegra é hijos de Pedro Juan Forteza Tagament abogado fiscal, fueron despues, excepto un hijo, bárbaramente degollados. El romance ya citado enumera las víctimas que en número de mas de ciento inmolaron los *llops sanguino-*

(*) Pedro y Miguel Español, y Miguel Maxella fueron tambien degollados en el asalto.

lens y afamagats como llama á los comuneros, y creemos que será mas agradable que un frio catálogo trascribir un fragmento de aquel en su habla antigua, llena á veces de energía:

Y de tan cruels matadors,
 bon testimoni
 en feu Gaspar Bibiloni,
 y n'Escudér,
 y en Pera Sabater,
 y en Llaneras:
 plenas corrian las carréras
 de crueldat.
 Per semblant fonch degollat
 en Cotonér,
 miser Jaume Ballester,
 y Huguet de Pachs,
 degollaren mes dos Bachs,
 cinch Puigdorfilas,
 en Cárlos Puig, fils y filas,
 en Berenguer,
 en Sant Juan, y en Suñer,
 y en Vivot;
 pues no seguiren llur vot,
 Jaume Despuig,
 Juan Arrom quen tingué anuig,
 Juan Anglada;
 Bonapart gran destralada
 tenia al coll;
 degollaren tambe al moll
 en Perpiñá,
 en Socias se degollá
 de fust al pont,
 també fonch degollat en Pont,
 Mosson Palou,
 y en Castell en el pont nou,
 Arnau Garcia,
 en Juan Roig per compañía;
 Pelay Unis
 no tingue qui fes avis
 de son despit,
 y n'Alfonso Malferit
 no se escapá
 del mos del rabiós cá,
 den Butifóch;
 Antoni Salt no fonch tampoch
 llun de la mort;
 den Pera Gual no prenc conort
 qui estava al llit
 pruagos, vell, y tot pudrit,
 y en Parera
 y den Baltazar Manera
 y de son fill, &c. &c.

Y no se crea que el furor de los plebeyos

perdonase en sus enemigos á la debilidad del sexo ó á la inocencia de la niñez, que desarman la espada mas no el puñal, y que en aquel campo de saqueo mas bien que de batalla no se divisaran entre los cadáveres hacinados destrozados pechos de matronas, cabezas de niños ensangrentadas. Paralelo al catálogo ya citado y no ménos numeroso que él, pudiéramos colocar otro de las mugeres inmoladas, entre las cuales se vieran las esposas de Vivot, Despuig, Bonapart y Palou, las de Melchor y Baltasar Tomás, las de Juan Odon Bartomeu, la señora de Español, la viuda Vallobar con su hija. Viéronse entónces en las matronas y doncellas nobles sacrificios, nobles ejemplos de fidelidad y de valor, cual fué el de Francisquina Fuster que salvó en su quinta á su marido Francisco Desbrull engañando á los comuneros con riesgo de su vida, y el mas heróico aun de Beatriz Brondo, que salvó su honor dando muerte al impuro rebelde que la solicitaba, y luego se sentó sobre el cadáver, encubriéndolo con sus vestiduras á la vista de sus compañeros.

Ninguna sin embargo de estas escenas de sangre igualó en horror al incruento pero espantoso sacrificio que vamos á referir. Agolpóse un dia el pueblo á las puertas del templo de santo Domingo; el cielo estaba cerrado desde tiempo á la lluvia y á las plegarias, árida y entreabierta la tierra, la ciudad en consternacion; pero los insensatos no veian en otro crimen la causa de su castigo que en el cadáver del noble Agustin Serralta su jurado enemigo, como si Dios partícipe de sus odios vengase la profanacion del templo en que yacia. Atropellaron las súplicas y amenazas de los religiosos, y quejándose de los anatemas de la religion contra una obra á su entender tan santa y religiosa, arrancaron del sepulcro, y pasearon á la luz por las calles aquellos hediondos despojos que en sus vaivenes y horribles movimientos parecian reanimarse á cada instante como despertando á tan infernales clamores. En las afueras de la puerta del Campo habia un cementerio de Judíos abandonado: allí el fuego consumió lo que los gusanos habian dejado de Serralta,

y el pueblo vió el humo sacrilego elevarse á los cielos cual incienso, aguardando que convertida en lluvia descendiese sobre ellos la bendición. Sacaron luego un crucifijo de la iglesia de monjas Gerónimas; y llevándolo al lugar donde humeaba el holocausto todavía, para recibir la expiación, oraron puestos de rodillas, y luego volvieron á entrar en procesion silenciosos y compungidos, clamando á ratos, señor Dios, misericordia. Si el horror cupiera en el cielo, y se manifestara por señas exteriores, hubiera aquel día igualado al desórden de los hombres el desórden de la naturaleza.

Este inaudito fanatismo nos hace observar que la revolucion no atreviéndose á la religion todavía como en tiempo de los jacobinos, se abrazaba entónces á los altares que demolieron despues aquellos; que se ensañaban con los cadáveres en nombre del cielo, como los profanadores del real panteon de san Dionisio en nombre de la filosofía; y que unos creian ganar tanto declarando á sus contrarios enemigos de Dios, como otros en declararlos enemigos del ateismo. Tan cierto es que los principios políticos corren una senda distinta si bien paralela de los religiosos, y que se aprovechan de lo que hallan existente en su época para conformarlo á sus fines. Al aparecer la democracia en el siglo XVI acogiése á la sombra de la religion que con sus frondosos ramos todo entónces lo cubria: cuando resucitó en el siglo XVIII se encontró con la impiedad nacida casi gemela, y se besaron, y se estrecharon en monstruosos abrazos.

Difícilmente pudiera esplicarse de otro modo el carácter y el espíritu de las Comunidades. Iba un dia uno de los trece conservadores, cuyo poder era dictatorial á un tiempo y tribunicio, entre Juan Odon y Miguel Colom, con gran séquito de gente, cuando llegó á prenderle un alguacil del Santo Oficio, á causa de algunos procesos del Tribunal que intentaba destruir. Presentáronse los tres armados ante el inquisidor interino Fr. Pedro Pont trinitario y obispo de Cluenza; y este anciano débil y solo, no temió á las amenazas, á las ballestas apuntadas

contra él, ni al tumulto de la plebe que abajo llenaba la plaza, sino que saliendo á la ventana con un crucifijo, y apellidando á la multitud en nombre de Jesucristo, á cuya voz respondieron todos en su favor, prende con una mano al reo, y con la otra amenaza al menor de los Colom, que cayó prosternado con su hermano pidiendo misericordia. Yo no sé como los filósofos y tribunales de este siglo aceptan por héroes y predecesores á unos hombres á quienes un fraile hacia temblar y arrodillarse.

J. M. Q.

NO

hay artículo.

Dicen que el escribir para el público es hermoso. Esto es una mentira. Mentira grande, solemne, colosal; la reina en fin, de todas las mentiras. El escribir para el público es detestable; es amargo como nuez verde, y penoso como un matrimonio, comparaciones que entre paréntesis he creído poder hacer, aunque hasta ahora á Dios gracias, ni lo uno ni lo otro haya probado. Al decir que el escribir para el público es penoso como un matrimonio, no se crea ni que hablo al aire, ni que dudo de la bondad de nuestras mugeres, sino que habiendo meditado bastantes veces sobre ellas, y habiendo probado tambien desde el 1º de octubre del año de gracia de 1840, lo que es un periódico, háme parecido encontrar bastantes puntos de semejanza entre una cosa y otra. Efectivamente, muger casada y periódico allá se van. Ambos acrecen, este un nombre, aquella un apellido. Ambos cuestan desvelos, ambos gustan y lisonjean al principio, y finalmente, ambos dan á luz sus respectivas producciones, de las cuales ambos tienen tambien su correspondiente editor responsable. Verdad es

que el periódico solo pide teorías, mientras la mujer exige prácticas, y que si el primero es tanto mas bueno cuantos mas suscriptores tiene, la segunda es tanto menos buena cuantos mas suscriptores..... pero esto son pequeñeces que ni mentarse deben. Una es la diferencia que hay notable entre estas dos cosas, y es, que el que se las há con su mujer, no corre más peligro que el de hartarla á ella, mientras que el que se las há con un periódico, tiene que desustanciarse á sí mismo no solo para saciarle á él, sino que tambien al público muchas veces, que es la mas negra, renovando de este modo y bien á pesar suyo el milagro de N. Sr. Jesucristo cuando con solos cinco panes y dos peces hartó á cinco mil personas. Confieso francamente que si en algo deseo no parecerme al Salvador del mundo, es en la repetición de este milagro. No quisiera con un solo artículo hartar á todos mis lectores.

Pero prescindiendo de todo eso, no es lo ménos amargo para el que escribe en un periódico el silencio de un conocido, ó el *pst...* de algun amigo, ó la frialdad de una alabanza. Supongamos que es domingo, y que ó por negligencia, ó por no saber mas, ó por otra causa cualquiera he publicado un artículo en *la Palma*, el cual artículo no ha gustado (digo *no ha gustado*, porque un autor nunca dice ni piensa de una producción suya que es mala). Salgo á la calle y tropiezo con un conocido que no me habla de *la Palma* hasta que yo indirectamente le obligo á ello. Entonces alaba el artículo de fondo, la poesía, las efemérides, si las hay, y hasta la impresión alabará por no hablar de mi artículo. En vano es que yo eche mano de toda mi amabilidad, que ponga cara de limosna y que deje caer algunas indirectas. Nada; el bribon no quiere entenderme ni ¿cómo obligarle á que me entienda? Entonces tal vez sacaría el reloj, diría que tiene que oír misa y me dejaría plantado. En un caso así, ya no hay mas que saludar y marcharse; pero entre el saludo primero y este último hay una diferencia enorme. Aquel era todo almíbar, todo dulzura, era en una palabra un saludo-

caramelo; este al contrario, es frío, es forzado, es el saludo del tendero al curioso que nada le ha comprado despues de revolverle todos sus géneros. ¡Qué pruebas! No: no es hermoso ni puede serlo nunca el escribir para el público.

Estas y otras reflexiones me acudían el viernes último en la cama, porque es de advertir que yo siempre medito en la cama, cuando vino á interpelarme una voz harto conocida mia, y que hace en mí el mismo efecto precisamente que la del preceptor en el chiquillo que no ha estudiado su lección. Esta voz era la de un compañero de redacción director al mismo tiempo de nuestra *Palma*. — Las diez y en la cama todavía! — Vestíme apresuradamente sin atreverme á contestar, y buscando mil excusas en mi imaginación, no para disculpar mi pereza, sino para lo que yo temía que se me iba á pedir. Así que estuve levantado entramos en el gabinete donde acostumbro trabajar, y allí despues de sentarnos y de mirarnos mutuamente á la cara, acción que al paso que me hizo cobrar miedo, le hizo perder á él la poca esperanza con que tal vez venia, entablóse entre los dos el diálogo siguiente:

— Hoy es viernes. — Ya lo sé. — Y pasado mañana domingo. — Lo sé tambien. — Y los cajistas piden original. (Aquí un gesto mio) — Tan apurados estamos? — Si estamos apurados! No sabe V. que un periódico es un acreedor que no admite dilaciones en la cobranza de intereses? — Pero... — Nada; es preciso que escriba V. algo. — Lo quisiera, pero no creo que mi cabeza me lo permita. Anoche estuve en la Lonja, y siento tal pesadez... — Escriba V. algo sobre la Lonja. — No entiendo de bellas artes. — No hablo del edificio sino del baile. — Del baile? ¿Y qué interés puede tener para mis lectores, el que me hayan pisoteado, ó díchome una máscara suciamente vestida de reina *jo t'aprecii!*, ó bien que otra me haya dado un asqueroso caramelo medio derretido á fuerza de llevarlo toda la noche en la mano, pidiéndome en seguida en premio de su fineza que le comprase una libra de ellos, ni... — Bien, pero las costumbres, la... — No hay costumbres donde se huele á vino. —

Pues entónces otra cosa. ¿No tiene V. nada escrito que pueda servir para el domingo? — ¡Calle...! Sí hombre, sí, somos felices! Lea V., lea V. — Veamos.

» Adrasto, cuya tropa del combate
No pudo resistir al duro embate,
Tras del monte de Aulon se retiraba
Para aguardar socorros que esperaba.»

— ¡Qué diablos es esto! — Esto es del Telémaco. Cuando yo estudiaba el frances, estudiaba tambien la poesía, y á ratos perdidos... — Calle V. por Dios: y ahora queria V. dar al público una traduccion del Telémaco? — No precisamente una traduccion entera, pero ese trozo sí. Pondriamos arriba en letras góticas *fragmento*, y veria V. como esto solo bastaba para que gustase á todo el mundo. — Quite V. allá. — Pues ya se vé que sí. ¡Un fragmento! Casualmente es la última moda. — ¡Vaya una moda! — Muy buena, sí señor, muy buena; y si no, á V. por ejemplo, se le ocurre una idea; idea hermosa pero aislada; va ¿y qué hace V? Escribe su idea; pone V. arriba » Fragmento, de eso ó de lo de mas allá”, y asunto concluido. El público la toma, la lee, y aunque no sepa que es lo que pueda haber ántes ni despues de lo que está leyendo, con todo la aplaude y la devora, y le da á V. gracias de haberla escrito. ¡Un fragmento! Vaya si es cómodo! Así es que se ven tantos. — Y así es tambien que á fuerza de fragmentos nuestra literatura llegará á no ser otra cosa que un fragmento... En fin, de todos modos, eso que V. ha escrito no sirve. A ver otra cosa. — ¿Otra cosa? ¿Quiere V. un soneto á un callo de una señorita? — Tonterías. Esto es cosa muy ligera. — Pues diremos algo sobre *siderúrgica*. — ¿Qué es eso de siderúrgica? — El modo de estraer metales. — ¡Metales! Hombre, no dé V. metales al público: bastante metalizado está ya. — Como V. no quiere cosas ligeras. — Pero tampoco quiero plomo. — Y si diéramos algunas noticias sobre la China? Casualmente hoy he leído... — Uy, uy, uy! V. quiere matar el periódico. — Así como así ha de morir! — Pero al ménos que no sea de miserias. — Entónces yo no sé que poner... Ah! sí, aquí tengo

una oda á la virginidad. — Bah! Esto ya no se estila. — Cómo! — ¡Una oda...! Es cosa muy clásica. — No obstante... — Nada, nada: haga V. un artículo de costumbres y que ocupe seis columnas cuando ménos en nuestra *Palma*, pues de lo contrario la pobrecita se verá en la imposibilidad de salir el domingo. — ¡Está V. endemoniado! Seis columnas! — Es preciso. — Pero imposible. — Como V. quiera no será imposible. Y si... — Eh, yo me voy que no quiero robarle á V. el tiempo. — Oiga V... — Nada, nada: seis columnas.

Ya se fué... ¡maldito sea! Miren VV. el descontentadizo! Le presento un sin número de composiciones y á todas hace ascos. No, pues que vaya examinando periódicos, y como en la mayor parte de ellos no encuentre cosas peores de las que yo le daba, consiento en que... ¡Seis columnas...! seis columnas, y el dia está hermoso, y hay gente en el paseo, y una visita agradable que hacer, y disposición para divertirse, y... y encontrarse á todo esto con seis columnas, mas formidables que las de Hércules, que le impiden á uno el paso y que llevan escrito un tremendo *plus ultra* equivalente á una condena de encierro! Oh! esto es inaguantable. Sin embargo hay que llenarlas, hay que trabajar y que sudar aunque estemos en febrero; hay que rascarse la oreja, y morder la pluma, y pasearse por la habitacion y buscar ideas, y no encontrarlas y rabiar, y desesperarse, y al levantar los ojos para pedir misericordia, ver al cajista que impasible y con los brazos cruzados se complace en repetir que aguarda original y que no puede pasar adelante como no le den para llenar las seis malditas columnas... Oh, sí, malditas y muy malditas!

Trabajemos pues. Pero ¡qué! si tengo la cabeza como si me la apretaran con una faja. Saldrá un artículo malo, artículo cuyas cláusulas serán todas forzadas, y ese artículo tendrá que ir á la imprenta. Y luego llegará el domingo y el herege que me obligó á hacerlo, se me pondrá delante y con rostro indeciso y risa burlesca me dirá: »V. ha hecho cosas mejores...» Y yo no me tiraré á él...! En fin, probemos.

¿De que hablaré? Hablemos de chismes... No, porque sería infinito el número de enemigos que esto me acarrearía. De los bailes del Casino? Tampoco. Tendría que referir, envidias, murmuraciones, intrigas, zelillos y mil otras cosas que... No, no quiero hablar de los bailes del Casino. Demos unas vueltas por la habitación. Tal vez paseando se me ocurrirá alguna idea. Paseo efectivamente; pero ya es un cuadro que me llama la atención, y que aunque lo he visto cien mil veces, nunca había tenido tantas ganas de examinarlo como entonces: ya es un conocido que pasa por la calle y me saluda; ya es una mujer que me pregunta si quiero cigarrillos, ya... En fin, está visto: hoy no puedo escribir; me había de costar mucha pena, y yo soy hombre que no gusto de incomodarme por nada. Al cuerpo darle lo que pida: esta es, ha sido y será siempre mi máxima.—Pero han llamado... Quién es? Adelante... Abrese efectivamente la puerta y entra un amigo, ó por mejor decir un conocido á quien se llama amigo, porque se acompaña conmigo algunas veces en paseo, ó porque nos tuteamos, ó bien porque de cuando en cuando me suele referir alguna aventura amorosa.—Ola! Manuel, tú por aquí?—Amigo mio; soy el hombre mas feliz de la tierra.—¿De veras? Explícate.—Anoche estuve en la Louja.—Esto no es ninguna felicidad.—Y había allí una viudita con un domínio.... ¡cosa rica, amigo mio, cosa rica!—¿Y bien?—Y se enamoró perdidamente de mí.—Ola! ¿Te lo dijo ella?—No, pero yo lo conocí.—En qué?—En que insultó á todo el mundo.—¡Cáspita!—Pero á mí no me insultó. Ya ves que esto prueba algo.—¡Yo lo creo!—Ahora bien: como al salir del baile lo que menos tenía era sueño, cogí la pluma y le escribí un romance en cosa de media hora.—¡Qué feliz eres! Ahí me tienes á mí que estoy pugnando por llenar seis columnas de *la Palma* y no lo puedo conseguir de ningun modo.—Si tú estuviéras inflamado como yo... Verdad es que no soy ni he sido jamás poeta, pero el amor enardece y pone en vena al mas zote. Voy á leerte mi romance, que para eso he venido, y quiero que

me digas francamente lo que te parece...—Vamos á ver.—Dice así;

A UNA HERMOSA VIUDA.

Romance.

»Eres luz oscura y triste...

—Hombre, ¡Luz oscura! Aquí hay una contradicción. La luz nunca puede hermanarse con la oscuridad.—Te diré; la luz alude á su belleza, y oscura á su vestido de luto. Es como si dijéramos; belleza oscura. Además si hubiere algun escrupuloso que no se contentase con esta explicación, le dirémos que es licencia poética y tendrá que callar.—No obstante...—Las licencias poéticas alcanzan hasta donde uno quiere. Continúa.

»Eres luz oscura y triste

La imagen de la contrición."

—Muy largo es este verso.—Es largo? no lo había reparado. Lo acortaremos.

»Y del campo de los muertos

Eres opaco farol,

A manera de luciérnaga

En las noches de pavor.»

—Bello, bello eh? no te parece?—Efectivamente es digno de los versos anteriores. Muy agradecida va á estar la viudita á tu poesía.—¿No es verdad que la conmoveré?—Seguramente.—Hay en ella un cierto aire así... sombrío....—¿En la viuda?—No, en la poesía.—Ah!—Pues como digo, tiene un tinte sombrío opaco y terrible que...—Oh sí; tu poesía es muy terrible: son unos versos viudos efectivamente.—Pues! como que son para una viuda. Otra idea quería añadir que no es mala. Como yo me la figuro en el cementerio sobre la losa de su marido, (porque yo me la puedo figurar donde me diere la gana) pensaba decir que los muertos resucitaban para mirarla, pero esto me pareció un poco fuerte.—¡Qué! Al contrario, esto hubiera sido lo mejor. El público es como aquellos cuerpos estragados, que solo á fuerza de incitativos se consigue reanimar. Dale ideas fuertes, extravagantes y absurdas, y verás como te aplaude. Yo tengo para mí que si en estos tiempos, la literatura se transformase en botica, las cantáridas sería lo que mas

se despachase. — Con que la pondré? — Sí, hombre, pónla. — Voy á continuar. — Nó; déjala que yo la leeré despacio. A ver.... es bastante larga! — Trescientos versos. En la Palma podrá ocupar unas seis columnas. — ¡Cómo! querías ponerla en la *Palma*! — ¡Pues! Para eso he venido. — Ah! A ver, leámosla....

Leía efectivamente. En los trescientos versos habia cincuenta *maldiciones*, veinte y siete *ángeles* y cuarenta y dos *mugeres*! Comparaba sus ojos y su vestido negro á dos estrellas de esperanza en noche tenebrosa, llamábala un adios á la felicidad, y despues de mil otras barbaridades acababa por firmarse. — *El que no insultaste.*

Hé aqui un nuevo compromiso. Mi amigo parece decidido á publicar su poesía en la *Palma*. La tal poesía como VV. pueden haber reparado, merece mas bien que á la *Palma*, ir á otra parte que yo me sé. Verdad es que mi amigo me dá amplias facultades, para que la corrija y la purifique todo lo que sea menester, pero ella es tal que solo el fuego puede purificarla. Tambien es cierto que estamos en carnaval, y que su insercion podria pasar por una broma hecha al público; pero el público no gusta de bromas cuando conoce que lo son: harto se le embroma ya sin que lo advierta. ¿Que hacer pues? — No hay mas remedio que un desengaño; lo único que puedo hacer es endulzarlo todo lo posible. — Amigo mio, digo al pobre autor. — Tu poesía me gusta por la novedad pero.... por ahora no se podrá insertar. — ¿Porqué? — Porque ya tenemos original lo menos para nueve números. — Pues no decias que te faltaban seis columnas por llenar y que no sabias como hacerlo? — Es verdad pero.... el público espera un artículo de Simon y... — Tanto mejor; se encontrará con mis versos y verá como se sorprende. — No dudo yo de su sorpresa, pero... tu poesía... es demasiado fuerte. — No me dijiste hace poco que el público gustaba de cantáridas? Mi romance no es tan fuerte como eso... En fin si no hay otro remedio insértalo á la primera vacante.. — Corriente; eso sí, lo haré. — Pero que no pasen mas de

nueve números. — ¡Nueve números! Pobre *Palma*! murmuro yo interiormente; y mi amigo se marcha.

Quedado solo pruebo otra vez á escribir.... Nada! Cuando mas me empeño en ello, mas parece que las distracciones se empeñan tambien en asaltarme... Sr. director de la *Palma*; siento mucho tener que decírselo á V., pero... *No hay artículo.*

SIMON.

SONETOS SATÍRICOS.

VAMOS al baile, Juan, allí se goza:

Con el calor, y el ruido y la matraca
Se aprenden nuevos chismes, se sonsaca,
Se embroma, se encandila, se retoza.

En la fonda se trincha, se destroza,
Vieras que este se achispa, aquel se atraca,
Y luego, vuelta al baile, y toma, y daca.
Y viva el carnaval y ande la loza.

A fe que es bella tanta bataola,
Un hombre de reir se despachurra,
No hay honor ni pudor, todo se inmola,

Y al venir la cuaresma tan cazurra
Se duerme uno tendido á la bartola,
Y no haya miedo que el sermon le aburra.

OYES ese canario que pretende
Al mundo renovar con su gorgojo?
Para él la religion es devaneo,
Trampa de frailes, ó vision de duende.

Dice que solo aquello que comprende
El sabio ha de creer, y hablando arreo
Entre ser deista, scéptico, ó ateo,
Ni sabe lo que cree, ni se entiende.

Quiéres pues que tolere las capillas,
Que á santa Filomena reze atento,
Y hasta que en brujas crea á pie juntillas?

Siñ recurrir á magia ni argumento
Obrara yo tan lindas maravillas
Con solo suprimir un mandamiento.

T. A.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.